





«El acontecimiento será nuestro maestro interior». Emmanuel Mounier (1905-1950)
Revista de pensamiento personalista y comunitario  Órgano de expresión del Instituto E. Mounier
AÑO XVIII  NÚMERO 62  2002/1  www.mounier.org

EDITORIAL

El mundo rural y los paraísos sin alma

*Óxido, fermento, tierra estremecida.
Tierra tú mismo que nadas por los
[números de la oficina.
(F. García Lorca, Poeta en Nueva York)*

*Señor que les has de esta tierra amasado
No te asombres de que se les note la tierra
(Charles Péguy)*

No hace mucho un niño de una ciudad pasaba un día en el campo y veía por primera vez a las aves posándose en los cables de la luz, asombrado, mira a su madre y exclama: ¡mira mamá como en la tele! (Henos aquí ante la infancia hegeliana: lo virtual es lo rural y lo rural es lo vir-

tual). Otro adolescente, en una catequesis se escandaliza por el episodio de la manada de cerdos que se despeña poseída por la legión de demonios expulsada por Jesús: crisis de fe, pues aunque él comía jamón ¿cómo se puede admitir una muerte así para los pobrecitos cerdos?

Dejando las bromas a un lado, estas anécdotas son verídicas y nos plantean el problema del desarraigo de la naturaleza, de la economía, de la cultura y de la fe que se originan en la distancia creciente del hombre a lo real, distancia que el mundo rural mantuvo a raya.

El mundo rural fue, y es donde existe, el resultado de la lucha y la alianza del

hombre con la naturaleza. En él la humanidad obtuvo su primera victoria contra los dioses, expulsó a los espíritus de las selvas y de las montañas, en lucha titánica destruyó a los árboles, reyes sedentarios del reino de los bosques y, dejando su existencia nómada, echó raíces en sus territorios. Aprendió a respetar a la naturaleza y a respetarse a sí misma.

Un día, el hombre rural decidió plantar ciudades. Después, las ciudades imperio olvidaron ese día y pretendieron ser hijas de la selva. Inventaron falsos mitos como el de Roma, cuyos fundadores fraticidas tenían por madre a la loba capi-

Continúa en la página siguiente

ANÁLISIS

El mundo rural en la aldea global



29 PRESENTACIÓN

31 Las condiciones de vida del medio rural español

Andrés Aganzo

35 Mundo rural en peligro de extinción (A modo de testimonio)

Fernando Pérez de Blas

38 Vivir en el medio rural (Una lectura crítica hecha con cariño)

Luis Enrique Hernández González

41 Un mundo desaparecido

Domingo Vallejo de Villorquite

43 Nuevas tecnologías y cambio social en el mundo rural

José Fernández

45 La agricultura como bien común

Jorge Porthé

50 Tecnología y mundo rural empobrecido

Luis Narvarte

56 Subjetividades autónomas y lucha social:

El Movimiento de los Sin Tierra, Brasil

Castor M. M. Bartolomé Ruiz

62 ENTREVISTA

Jerónimo Aguado: "Haciendo pueblo"

Luis Enrique Hernández González



SECCIONES

01 Editorial

■ POLÍTICA & ECONOMÍA

03 **Valores para una ética financiera de la gratuidad**, por Asociación por un Interés Solidario

05 **Los bancos extranjeros en Argentina y sus deberes incumplidos**, por Salvador María Lozada

07 **Una argentina en Porto Alegre**, por Yamile Socolovsky

■ EDUCACIÓN

09 **Los niños de México**, por Juan Maestre Alfonso

■ PENSAMIENTO

12 **El hombre del campo**, por Olegario González de Cardedal

15 **El camino del campo**, por Martin Heidegger

17 **Bajo la sombra de un roble**, por F. Manfred Peter

■ RELIGIÓN

20 **Los iconos rusos**, por José Luis Vázquez Borau

■ TESTIMONIO

22 **Un seducido más del Señor, Dios Bueno**, por Julio Calvo

26 Rincón bibliográfico

Viene de la página anterior

tolina. Su legado se construyó sobre la dominación y rapiña de las regiones agrícolas. La ciudad salvaje engendrada por la loba se hizo licántropa para las aldeas del Mediterráneo y así la vieron sus pueblos y ¡el Apocalipsis! La ciudadanía llegó a ser salvaje: un ejercicio de devastación que acabó en su propia ruina.

Algo semejante sucede hoy. Aunque cierto ecologismo descubra la naturaleza, desconoce el parentesco. Los campesinos auténticos, allá en los altiplanos andinos, en los valles fértiles de los deltas asiáticos, en las llanuras africanas e, incluso en los últimos reductos europeos, saben que la tierra madre es la de los campos labrados, la selva es la abuela naturaleza. La relación íntima con la naturaleza exige convivencia y adaptación, del hombre a ella y de ella al hombre. Esa alianza constituyó el mundo rural y lo hizo económica y culturalmente fecundo.

El olvido de las raíces y de los fundamentos reales de la ciudad lleva a la explotación salvaje y a una especie de barbarie urbana, insensible al resto del mundo al que tendría que estar agradecido, puesto que su sustento, su origen y su realidad está en los amplios espacios rurales. La vida urbana se torna surrealista, como captó F. G. Lorca:

*Debajo de las multiplicaciones
hay una gota de sangre de pato.
Debajo de las divisiones
hay una gota de sangre de marinero.
Debajo de las sumas, un río de sangre tierna;
un río que viene cantando
por los dormitorios de los arrabales,
y es plata, cemento o brisa
en el alba mentida de New York.
[...] Todos los días se matan en New York
cuatro millones de patos,
cinco millones de cerdos,
dos mil palomas para el gusto de los
agonizantes.*

*un millón de vacas,
un millón de corderos
y dos millones de gallos
que dejan los cielos hechos añicos.
[...] los interminables trenes de leche,
los interminables trenes de sangre,
y los trenes de rosas maniatadas
por los comerciantes de perfumes.
[...] Los patos y las palomas
y los cerdos y los corderos
ponen sus gotas de sangre
debajo de las multiplicaciones;
[...] Yo denuncio a toda la gente
que ignora la otra mitad,
la mitad irredimible
que levanta sus montes de cemento
donde laten los corazones
de los animalitos que se olvidan
y donde caeremos todos...*

Así pues, primer problema: **desarraigo material**. La mitad ciudadana de la huma-

nidad, irredimible y alienada, hija del mundo rural, devora a sus padres —naturaleza y agro (reverso del mito de Urano)—, mientras se cree autora de una riqueza y bienestar que a nadie adeuda. El Norte urbano pierde el norte, devora al Sur y se engaña a sí mismo.

Pero hay más. En las futuras generaciones serán frecuentes experiencias semejantes a las que hemos descrito al principio. La realidad se convierte en signo y representación de un mundo virtual para un hombre —“animal de realidades”, decía Zubiri— cada vez más instalado en el vértigo.

Las referencias de su mundo ya no son las caprichosas y exuberantes formas de la naturaleza o las voluntariosas formas artesanales de los espacios aldeanos, el paisaje cotidiano se ha vuelto rectilíneo, todo su horizonte es geometría y su tierra —infrme— cifras y abstracción. También su percepción del tiempo ha cambiado, ya no lo marcan los astros; ni los ritmos los meteoros a los que tenía que adaptar su actividad. La cadencia de los ritmos vitales, alterados por el torbellino de posibilidades que la técnica ha puesto en sus manos, se han trastocado en un frenesí, cuya distancia es comparable al abismo que media entre Bach y el rock duro.

Pocos años han bastado, en muchos lugares, para recorrer esta distancia y, en otros, el paso está siendo mucho más vertiginoso. Nuestros abuelos apenas salieron de la aldea, si lo hicieron volvieron a ella, como tenía que ser. Nuestros padres vivieron su infancia en ella, y salieron para ganarse la vida en la ciudad, volvían a ella a descansar cuando habían cumplido con el trabajo. Nosotros tenemos el recuerdo de ese mundo encantado, en el que nos despertaba un hilo de luz que dejaba pasar una rendija de la contraventana, mientras en la lejanía la melodía de las ruedas de un carro tirado por bueyes anunciaba la vuelta del campesino que antes del alba había comenzado a trabajar en la era. La noche nos traía noticias de las estrellas, “publicidad de Dios”, las mismas que contemplaron y nombraron Galileo, Kepler, Copérnico, Ptolomeo... ¡y Abraham!

Ese mundo de sensaciones primordiales, de sencillas experiencias exultantes, de comunión con la humanidad más remota y con la yacente en el cementerio de la aldea, se aleja y se pierde entre las brumas de la memoria. ¿Perdemos algo más? ¿Perderán las generaciones siguientes algo que ni siquiera han tenido? Muchos interrogantes suscita esta evolución. Olegario González de Cardedal los ha expresado profundamente:

A la vez que muere mi madre, desaparece la aldea en que nació y deja de existir la cultura rural en la que cuajaron mi sen-

sibilidad primera y mi espíritu de niño; esa cultura que duró treinta siglos, desde Abraham hasta 1960, y que en treinta años ha desaparecido. Sin esta triple matriz de origen queda un hombre sin raíces y por ello sin alas. Nuestra generación ha vivido un desarraigo múltiple: desarraigo de la tierra, desarraigo de la cultura, desarraigo de la fe, desarraigo de la familia. Realidades originarias que fueron nuestro cobijo y seno, otorgadoras de la confianza fundamental necesaria para existir. ¿Cuál será el próximo futuro espiritual, una vez desaparecido con tal rapidez este pasado fundador? ¿Seremos capaces de crearlo desde el redescubrimiento de lo originario y verdadero, nutricio y sagrado?

Sin raíces y sin alas, o “ángel con grandes alas de cadenas” (Blas de Otero), probablemente muchos males del hombre contemporáneo y de los conflictos de las sociedades del siglo XXI se deban al **desarraigo espiritual** y la inseguridad que ofrece el presente, como encrucijada de ese pasado fundador ya perdido y de un futuro espiritual que todavía no ha sido creado.

La salida del laberinto requiere una creación civilizatoria nueva que supere la fractura entre la actividad del corazón, de la mente y de las manos. Las crisis de las civilizaciones vienen del divorcio entre fe, pensamiento y acción. La resultante peor es el escepticismo hacia esas tres actividades: el nihilismo ocioso y consumista que cree bastarse a sí mismo cuando en realidad vive a costa del trabajo y el sufrimiento de otros a quienes ignora salvo para cerrarle el paso en las fronteras.

Liquidar el mundo rural lejos de ser una fatalidad natural ha sido y es una elección interesada para unos y una desgracia impuesta sobre otros. Lejos de ser un proceso de superación, ha sido y es una invasión, una evasión y un engaño. Mounier veía venir ese proceso en África y proponía, sin muchos detalles, una rectificación que debía alcanzar también a Europa:

Suprimanse los abusos, que se haga un reglamento para repartir el trabajo manual y el intelectual. Recuérdese de qué manera la Orden benedictina labró Europa: con doctores en teología que labraban la tierra varias horas al día. En vez de suprimir las escuelas rurales africanas, extiéndaselas, reformadas, a la Francia metropolitana. Atención a multiplicar estos “semi-hábiles” sin casa ni hogar, que viven sólo en medio de la palabrería. (Mounier, III, 357).

Urge rehacer el renacimiento, lograr una nueva síntesis de oración, pensamiento y trabajo, que ya no será rural pero que salvará la verdad de ese mundo al que tanto debemos.

.....
Luis Ferreiro

Director de Acontecimiento
.....